

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL  
DR. LUIS WANNONI LANDER, EL DIA  
8 DE JUNIO DE 1977, CON MOTIVO  
DE SU INCORPORACION COMO INDI-  
VIDUO DE NUMERO DE LA ACADE-  
MIA DE CIENCIAS FISICAS, MATEMA-  
TICAS Y NATURALES.



Al subir a esta tribuna para incorporarme a la Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales, viene a mi memoria aquella mañana del mes de setiembre de 1934, cuando en esta hermosa casona del antiguo convento de San Francisco, iniciaba mis estudios de ingeniería civil. Recién había terminado el bachillerato en el Colegio de La Salle de Caracas, en donde los Hermanos de las Escuelas Cristianas, como siempre ha sido a lo largo de su trayectoria, se preocupaban de impartir a sus discípulos una sólida enseñanza e infundir en sus ánimos, una formación integral que, a todos los que hemos estado bajo su tutela, nos han servido de guía en el acontecer de la vida. A tan esclarecidos educadores debo expresar el más cálido reconocimiento por el cuidado que pusieron en mi instrucción y orientación moral.

Cuatro años después, el 4 de octubre de 1938, en este mismo recinto en donde ahora nos encontramos, me confería el título de Doctor en Ciencias Físicas y Matemáticas el doctor Antonio José Castillo, entonces Rector de la Universidad Central de Venezuela. Durante el tiempo transcurrido en las aulas universitarias, había tenido la oportunidad de recibir lecciones de eminentes maestros entre quienes, para cumplir con un deber de elemental justicia y con mis más altos sentimientos de estimación y aprecio, tengo que mencionar a los doctores Francisco J. Duarte, Ernesto León D., José Sanabria y Luis Ugueto, este último designado a posteriori epónimo de la promoción de ingenieros de la cual me tocó formar parte.

En la emotiva ceremonia de graduación estuve acompañado por mi madre a quien tanto mis hermanas Carlota y Alicia como yo, hemos de agradecer no sólo el habernos traído al mundo sino el empeño que puso en nuestra crianza, educación y formación espiritual. Tan delicada tarea hubo de llevarla a cabo sin la ayuda de nuestro padre, prematuramente fallecido, a cuya me-

moria rindió culto hasta su muerte. En este día para mí trascendental, vaya el más emocionado y tierno de los recuerdos para Luis Wannoni y Josefina Lander de Wannoni, modelos de padres, siempre presentes en mi mente y a quienes con aflicción, echo muy de menos en este acto solemne.

No puedo olvidar que cuando recibí la borla universitaria estaba a mi lado Dilia Dupouy, quien al poco tiempo se convirtió en mi esposa. Desde entonces ocupa lugar prominente en mi vida: Ha sabido compartir alegrías y sinsabores y su cariño y comprensión me han servido de estímulo en la diaria lucha e infundido el aliento necesario para enfrentar con decisión dificultades e impedimentos. Con ella he tenido siete hijos que han venido a ser la más grande fuente de satisfacciones y constituyen la principal razón de nuestro existir. A Dilia, a mis hijos y nietos ofrezco con el mayor afecto esta distinción académica que me honra y anima a continuar acometiendo mis labores con fe, constancia y optimismo.

Ha sido la bondad de los señores académicos, más que mis propios méritos, lo que me trae al seno de esta docta corporación. Por el lauro que me ha sido conferido, deseo manifestar el más profundo agradecimiento a los doctores Edgar Pardo Stolk, Víctor M. López, Luis Felipe Vegas, Víctor Sardi Socorro, Alberto Olivares y José Lorenzo Prado, mis padrinos de presentación; al Presidente y a los demás miembros de la Academia que generosamente secundaron su proposición. Para quienes conocen mis sentimientos será fácil comprender que es infinita la deuda de gratitud que tengo contraída con todos ellos.

Me cabe el gran honor de venir a ocupar el Sillón N° XXVII, dejado vacante por el sensible fallecimiento del Dr. Carlos Raúl Villanueva. Estoy consciente de que enfrento un reto al suceder a este eminente venezolano en el organismo de mayor jerarquía en el campo de las ciencias físicas, matemáticas y naturales del país, donde actuó Villanueva desde su creación, en el año de 1933. Pero, por otra parte me satisface que, fiel a la amistad que me unió a él por mucho tiempo, se me presente esta tarde la oportunidad de rememorar, algo de su vida y de su obra.

La circunstancia de estar su padre en el desempeño de un cargo en el Servicio Exterior, determinó que Carlos Raúl Villanueva naciera en Londres el 30 de mayo de 1900, hijo del matrimonio de Carlos Antonio Villanueva, venezolano, y Paulina Astul, de nacionalidad francesa. Su nacimiento y posterior educación en Europa, nada influyó en el decidido amor que tuvo por Venezuela, ni en el empeño, siempre manifestado y confirmado por todas sus actuaciones, de servir al país como el mejor de los hijos.

Desde su infancia estuvo rodeado de un ambiente de cultura y refinamiento, lo que con seguridad fue decisivo en la orientación de su vida. Le



Dr. Luis Wannoni Lander, en el acto de leer su Discurso de Incorporación

fueron accesibles las fuentes de formación humanística y documentación utilizadas por su padre, gran entusiasta de la investigación histórica, actividad esta en la que se destacó, sin participar en la polémica pro-hispanizante que mantuvieron los historiadores de fines del pasado siglo y del primer cuarto del presente. Carlos Antonio Villanueva enriqueció la bibliografía histórica venezolana con una copiosa producción. Frutos de sus estudios e investigaciones son entre otros, los siguientes trabajos: *Bolívar y el General San Martín*, *Napoleón y la Independencia de América*, *Fernando VII y los Nuevos Estados*, *Resumen de la Historia General de América*, *La Monarquía en América* (obra en cuatro tomos), *El Imperio de los Andes* y *La Entrevista de Guayaquil* trabajo este último en colaboración con otros dos distinguidos historiadores.

Fue su abuelo paterno el médico, escritor y político liberal Laureano Villanueva, Miembro Fundador de la Academia Nacional de la Historia, entre cuya obra escrita se destacan: *Biografía del Dr. José Vargas*, *La Vida del Valiente Ciudadano Ezequiel Zamora*, *Las Ciencias Médicas en Venezuela* y *Vida de don Antonio José de Sucre*, *Gran Mariscal de Ayacucho*.

Con el indudable acervo cultural y el gusto por el mismo recibido de sus ancestros, inicia Carlos Raúl Villanueva los estudios de arquitectura en 1920 en París, bajo la dirección del maestro Gabriel Heraud, y los culmina con el grado de Arquitecto en la Escuela Superior de Bellas Artes de la misma ciudad, en 1928, habiendo seguido también cursos en el Instituto de Urbanismo de la Universidad de París.

Al año siguiente, en 1929, regresa a Venezuela e inicia su ejercicio profesional en el Ministerio de Obras Públicas como proyectista de la Plaza de Toros de Maracay.

Le corresponde vivir y participar en una época de transformación vertiginosa de la arquitectura venezolana, movimiento que encabeza con un pequeño grupo de profesionales.

Con Carlos Raúl Villanueva, compartí en más de una ocasión responsabilidades comunes en el diario trabajo, lo cual me permitió apreciar su personalidad y humana calidad, en quien se aunaban además la facultad creativa y la preocupación por el arte y la belleza, con la inquietud por el bienestar social de los futuros usuarios de las obras producto de su mente y de sus manos.

Su actividad profesional fue extraordinaria, sólo superada por su increíble poder creador. Desde 1929, año en que se inicia con la remodelación de los edificios existentes en Maracay para transformarlos en el Hotel Jardín, hasta 1970, cuando proyecta el Museo Soto de Ciudad Bolívar, interviene en el proyecto y construcción de más de 40 obras, las más importantes y

diversas que se realizan en toda esa época y en Caracas, tales como los museos de Bellas Artes y de Ciencias Naturales de Los Caobos, la reurbanización de la zona insalubre del Silencio y la Ciudad Universitaria, en la cual interviene desde el anteproyecto.

Trabaja en el Hospital Clínico y prácticamente participa en el diseño de todos los edificios que se van construyendo en la Ciudad Universitaria para las diversas facultades; los estadios Olímpico y de Base Ball, el Campanario, que ha quedado como símbolo identificador de esa casa de estudios y con mención especialísima, el Aula Magna, donde colabora Alexander Calder, recientemente fallecido.

Como exponente del poder de renovación de su obra, bastaría observar la diferencia entre el neoclasicismo de los museos de Bellas Artes y Ciencias Naturales y la novísima arquitectura de la ya mencionada Aula Magna, obra esta de la cual, en su *Historia Fundamental de Venezuela*, el distinguido historiador y escritor J. L. Salcedo-Bastardo, expresa la siguiente opinión: "...es el 'Aula Magna', la obra arquitectónica de máximo valor intrínseco levantada en el país".

Vasta y variada fue su actividad profesional, y la calidad de las obras producto de la misma y el aprecio que mereció, quedan de manifiesto en las diversas distinciones que le fueran otorgadas, no sólo en Venezuela sino también fuera de las fronteras patrias. Irrefutable testimonio de esta aseveración es la siguiente enumeración parcial: En 1937, obtuvo el Gran Premio de la Exposición Internacional de París y en 1947, el Premio de Honor y Diploma en la Exposición Panamericana de Arquitectos en Lima, Perú, y Mención Destacada en la IV Bienal del Museo de Arte Moderno en Sao Paulo; recibió el Premio Nacional de Arquitectura, otorgado por primera vez por el Gobierno de Venezuela en 1963 y un año después, le fue otorgada la Placa de Oro, en el más alto grado, de la Sociedad Venezolana de Arquitectos, y Diploma de reconocimiento y homenaje por su labor como urbanista.

Perteneció a las más importantes instituciones científicas y profesionales: Fue Miembro de la Sociedad Colombiana de Arquitectos, del Instituto de Urbanismo del Perú, del American Institute of Architects, Miembro de la Academia de Arquitectura de Francia, Socio del Instituto de Arquitectos de Brasil, Miembro Honorario del Instituto Real de Arquitectos Británicos y perteneció además, al National Institute for Architectural Education, USA., al American Society of Planning Officials y a la Comisión de Ejercicio de la Profesión de la Unión Internacional de Arquitectos.

En 1961 fue designado Doctor Honoris Causa en Arquitectura de la Universidad Central de Venezuela, y en 1972, Profesor Honorario de la Universidad de Los Andes.

Entre sus publicaciones podríamos señalar: *La Caracas de Ayer y de Hoy, Hombre y Expresión, La Vivienda Popular en Venezuela, Caracas en Tres Tiempos y La integración de las Artes y Escritos*, que forman parte de la *Colección Espacio y Forma* de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Central de Venezuela.

De la sensibilidad social de Villanueva me tocó ser testigo en la Comisión Nacional de Urbanismo, en donde por muchos años fuimos compañeros, habiendo sido él su primer Director, al mismo tiempo que asesoraba la obra habitacional del Banco Obrero.

Tuvo entonces destacada actuación, en el proyecto de la reurbanización de El Silencio, en lo que puso de relieve su preocupación por el bienestar de los futuros usuarios; atendiendo así el criterio de que la vivienda no tiene que ser sólo el abrigo contra las inclemencias del tiempo y otros peligros que utilizó como refugio el hombre primitivo, sino que, por ser propicia al ambiente de comodidad y de intimidad, adquiera las características y el atractivo del hogar a que aspira todo ser humano. Debe incitar a permanecer en ella y disfrutarla en lugar de producir la sensación de que sólo es útil en el apremio de atender ineludibles necesidades.

Sus propios conceptos personales que de seguidas transcribo, así lo confirman: Definía la Arquitectura como “El arte social por excelencia, arte utilitario, como proyección de la vida misma, ligada a problemas económicos y sociales y no únicamente a normas estéticas. Para ello, la forma no es lo más importante; su principal misión es resolver hechos humanos. Su medio expresivo y condicional: El espacio interior, el espacio útil, fluído, usado y gozado por los hombres, es una matriz que envuelve vida. Es arte del espacio, adentro y afuera, arte abstracto y no representativo, pero con una función y esencia de lógica cartesiana”.

Si su obra arquitectónica fue grande, su obra docente no lo fue menos. Para decirlo con sus propias palabras: “Casi, casi me siento más satisfecho de mi obra espiritual, es decir la docente, que de la material, pues los jóvenes arquitectos formados en el país y a quienes considero como hijos espirituales, han sido casi todos mis discípulos, han correspondido ampliamente a lo que el país esperaba o necesitaba de ellos y muchos gozan de justo renombre aun fuera de la patria”.

Ya enfermo, en mayo de 1972, se dirige a sus queridos discípulos con estas palabras: “Salgo de mi obligado e involuntario reposo, conmovido por tantas demostraciones de cariño y aprecio que he recibido de ustedes. Espigando en mi propia siembra y repitiendo tal vez sin cesar los conceptos que



he venido acumulando en estos últimos años, entre los cuales elijo para recordarles, algunos que quizás ustedes, en su feliz y fecunda juventud los tengan ya mejores y más frescos; pero que por venir de un viejo profesor que siempre ha puesto su cariño y fe con esperanza en la juventud y sus justificados ideales, logren aclarar y serenar sus motivaciones”.

“Más que nunca me siento identificado con ustedes, jóvenes estudiantes de nuestra Universidad Central, y es mi deseo más vehemente que la paternidad espiritual que ha logrado siempre unirme a mis discípulos, dure tanto como mi propia vida”.

“Desde los primeros esfuerzos creadores, la arquitectura moderna, ha recorrido un largo camino, ha enriquecido su lenguaje asumiendo caracteres propios, originando métodos indiscutiblemente más seguros; pero los nuevos movimientos no han logrado aún una cohesión social y constructora, sino que la falta de método, mística o doctrina han desembocado en un nuevo estado de incomprensión y aislamiento, mostrándonos como incapaces de interpretar con acierto lo que los progresos tecnológicos prometen; toca el turno, pues, a ustedes, jóvenes y futuros arquitectos, de cumplir con vigor las etapas que nos faltan para llegar a la sociedad más perfecta, a la cual en el fondo todos aspiramos”.

El 16 de agosto de 1975 fallece Carlos Raúl Villanueva. Cientos de discípulos y decenas de muy importantes obras, producto de su ingenio innovador son otros tantos testimonios de su labor ingente.

En los años en que desarrolló a plenitud su sin par creatividad, pudo invariablemente contar con el soporte y la comprensión de su amante esposa, la señora Margot Arismendi de Villanueva. Ella siempre supo compartir sus inquietudes y llegar a ser el singular y eficaz estímulo que necesitó Carlos Raúl Villanueva para llevar a cabo su obra útil, extensa y civilizadora.

Margot Arismendi le dio cuatro hijos: Francisco Raúl, José Carlos, Paulina y Carlos Raúl, el primero y el último ingenieros, y arquitectos los otros dos. Ellos fueron el mayor orgullo de la vida de Villanueva, y han sabido corresponderle pues, a la sombra de su ejemplo se han fijado como meta la superación profesional y se empeñan con afán en cubrir la cuota que el desarrollo del país les exige.

Cuando hube de escoger un tema para el trabajo de incorporación a esta Academia, de inmediato pensé en la contaminación ambiental, problema por el cual he sentido preocupación desde los comienzos de mi actividad profesional.

En efecto, al poco tiempo de haber egresado de la universidad pasé a prestar mis servicios a la entonces División de Malariología del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social a cuyo frente se encontraba el eminente malariólogo venezolano, Dr. Arnoldo Gabaldón. Esta dependencia, creada por él hacía poco, no sólo era ya conocida en el ámbito nacional por su mística y eficiencia, sino por haberse convertido en escuela de trabajo y ductora de voluntades hacia el servicio público, bases de lo que en una oportunidad denominé “ingeniería humana” y de la cual calificué a Gabaldón como “uno de sus mejores artífices”.

Fue un privilegio haber podido entonces cerrar filas con un selecto grupo de profesionales entre los que se encontraban Arturo Luis Berti, Salvador José Carrillo, Mario Montesinos, Daniel Camejo Octavio, Rafael de León Alvarez, Gerardo González, Simón Carbonell, etc., grupo dirigido por el mismo Gabaldón, cuyo ejemplo y orientación han sido tan decisivos en mi formación como hombre de trabajo.

Las labores allí desarrolladas en la reducción o eliminación de focos efectivos o potenciales de malaria y las que posteriormente llevara a cabo en el control de la enfermedades de origen hídrico y de los agentes contaminantes del suelo, crearon en mi mente una permanente inquietud por los problemas de saneamiento ambiental, la que se ha ido acrecentando con el mayor conocimiento que hoy se tiene de los riesgos y daños de la contaminación del agua, el aire y el suelo y de la necesidad de impostergables y decididas acciones para combatirlas. Todo ello me llevó a elaborar el trabajo titulado “Contaminación y Contaminantes Ambientales. Causas, Efectos y Control”, para incorporarme a esta docta corporación.

Siguiendo la costumbre establecida en actos de esta naturaleza, permítaseme pasar ahora a referirme, en forma breve, a los aspectos fundamentales de dicho trabajo.

\* \* \*

(Resumen del trabajo de incorporación).

Señor Presidente de la Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales, al incorporarme a esta docta Institución, deseo expresar que hasta aquí, he tratado sobre el medio ambiente físico y su adecuada conservación; pero hay algo aún más importante de cuidar: “EL AMBIENTE MORAL”.

En una sociedad como la actual, en donde los valores morales están en crisis, y la institución de la familia parece perder su equilibrio básico, me

cabe señalar, que así como un grupo de profesionales especializados, vienen dedicando largos años de su carrera y han unido esfuerzos en crear un ambiente físico adecuado para el desarrollo de las actividades del hombre. Así los profesionales cristianos de todas las ramas del saber, debemos cerrar filas en nuestras actuaciones como personas individuales y como cabeza de familia en la mayoría de nuestros casos, ya ampliada a dos generaciones, para perpetuar los conceptos morales que están siendo abandonados y volver a la institución familiar, a su equilibrio, únicos elementos que nos permitirán un verdadero desarrollo como hombres y como país.

Sea esta oportunidad, una más de agradecer al Todopoderoso, todas las gracias concedidas, y ofrecer mi modesto aporte a esta Academia como un servicio más a su nombre.

Gracias.